

LA FEMINIDAD, LA SUBJETIVIDAD Y EL PODER EN AMERICA LATINA

Roxana Hidalgo X.*

El miedo y la hostilidad hacia el Otro, hacia aquellos experimentados como diferentes y extraños, no son sino una expresión del terror y la rabia que sentimos hacia nosotros mismos, hacia nuestros propios deseos prohibidos, nuestras necesidades insatisfechas, nuestras carencias, faltas y pérdidas irreparables. Desde que nacemos empieza un proceso gradual, creciente, en el que se nos va imponiendo el terror, el rechazo, la desconfianza hacia lo diferente. Es así como experimentamos la diferencia, o más bien la separación entre lo femenino y lo masculino, como desigualdad, como dominación de un sexo sobre el otro. Se impone la necesidad profunda de poder sobre lo que es vivido como amenazante, como extraño, como enemigo para la propia integridad. Se ejerce una cultura del terror como formación de la subjetividad:

"La extorsión, el insulto, la amenaza, el coscorrón, la bofetada, la paliza, el azote, el cuarto oscuro, la ducha helada, el ayuno obligatorio, la comida obligatoria, la prohibición de salir, la prohibición de decir lo que se piensa, la prohibición de hacer lo que se siente y la humillación pública, son algunos de los métodos de penitencia y tortura tradicionales en la vida de familia. Para castigo de la desobediencia y escarmiento de la libertad, la tradición familiar perpetúa una cultura del terror que humilla a la mujer, enseña a los hijos a mentir y contagia la peste del miedo. Los derechos humanos tendrían que empezar por casa ..." (Galeano, 1990, pág 129).

Históricamente la desigualdad social, *las relaciones de poder*, en tanto acciones de unos seres humanos sobre otras acciones, sobre otros sujetos actuantes (Foucault, 1988), han constituido una forma de estructuración de las sociedades, que ha traspasado fronteras, épocas y culturas. el poder siempre ha ido acompañado de la lucha, contra las fuerzas represivas, la búsqueda de la libertad individual y colectiva. Foucault plantea que existen luchas:

"Las que se oponen a las formas de dominación (étnica, social y religiosa); las que denuncian las formas de explotación que separan a 105 individuos de lo que producen; y las que combaten todo aquello que ata al individuo a sí mismo y de este modo lo somete a otros (luchas contra la sujeción, contra formas de subjetividad y de sumisión)".

Estos tres tipos de luchas no son independientes entre sí, más bien son enfrentamientos con mecanismos estructurales que coexisten, que se necesitan unos a otros, los mecanismos de explotación necesitan de las formas de dominación y de sujeción para poder funcionar y preservarse, mantienen relaciones complejas que conforman la totalidad social.

Las relaciones de poder se ejercen en el nivel de *la acción comunicativo 0*

* Profesora de la Escuela de Psicología. Ponencia Presentada en las ' jornadas de P.5icología Social, Universidad de Costa Rica, octubre de 1992.

reproducción simbólica del mundo de la vida, mediante los procesos de reproducción social: la socialización, la integración social y la reproducción cultural. Asimismo, en el nivel de *la acción estratégica o reproducción material*, se ejercen, por medio de los procesos de producción económica y organización política (Habermas, 1990). Con el desarrollo del capitalismo se ha venido conformando una generalización e integración de las relaciones de poder en torno al papel cada vez más creciente del Estado, produciéndose niveles de control y homogeneización nacionales e internacionales nunca antes alcanzados. En este siglo las relaciones de poder han generado niveles de desigualdad inimaginables, procesos de destrucción del planeta y genocidios avasallantes, guerras masivas y hambre colectiva en momentos en que el desarrollo industrial, tecnológico y científico parece no tener límites.

EL control y la imposición autoritaria de unos seres humanos sobre otros, se ejerce implacable sobre individualidades desgarradas, sobre grupos diversos en busca de identidad, solidaridad y seguridad, sobre colectividades anónimas y solitarias que se transforman en masas amorfas, dispersas y sin esperanza. Sobre pueblos enteros que viviendo en la miseria extrema, en la carencia y el hambre masivas, se vuelcan desesperados contra sí mismos, contra los "otros" que no son sino sus iguales.

Las grandes dicotomías de la historia que han marcado la humanidad: lo sagrado y lo profano, el orden y el caos, el cielo y la tierra, la racionalidad y la irracionalidad, la riqueza y la pobreza, la fuerza y la debilidad, la masculinidad y la femineidad, se han incrustado y penetrado profundamente en la subjetividad humana, en las experiencias de la vida cotidiana que van conformando los procesos de individuación, así como los mecanismos de control e integración social de los sujetos a las instituciones del mundo de la vida y del sistema.

En Occidente la separación, la ruptura de las concepciones de mundo y de las prácticas sociales en mundos opuestos, en polos que se contraponen tajantemente y a la vez se atraen recíprocamente, fractura en forma sistemática las posibilidades de integración de la subjetividad humana, así como la solidaridad entre grupos, colectividades y naciones. El mundo se separa en submundos extraños entre sí, en los que no se reconoce la humanidad del otro; éste se convierte en un enemigo indeseable y peligroso que siempre es vivido como amenazante para la propia integridad y para la permanencia de la identidad.

En la actualidad a pesar de los avances en la producción económica, en las formas de organización política, en el desarrollo cultural y en las posibilidades de sobrevivencia de la población mundial, nos encontramos con contradicciones irreconciliables. ¿Cómo entender el hecho de que por primera vez se elabore una declaración universal de los derechos humanos para ser acatada por una gran mayoría de los países del mundo, y al mismo tiempo se produzcan procesos de violación de los mismos, nunca antes alcanzados? ¿Cómo aceptar las hambrunas y las carencias extremas en un cuarto de la población mundial, cuando las posibilidades de producción agrícola e industrial permitirían alimentarla, si no se dedicaran tantos recursos a la industria militar y a la guerra? ¿Cómo legitimar los valores de la modernidad cuando en su nombre se han cometido los peores crímenes de la historia, como el nazismo, el estalinismo, el terrorismo de estado en América Latina y el resto del Tercer Mundo, Hiroshima y Nagasaki, por citar algunos?.

El mundo sigue organizado en polos opuestos que se excluyen y niegan el uno al otro,

la identidad del polo dominante se ¡restaura por encima de lo excluido, perseguido y devaluado social e históricamente. Se legitima la persecución violenta, la denigración y la destrucción implacable del otro, del diferente, del extranjero en tanto objeto no humano, no racional.

Este es el destino de los pobres que viven en condiciones infrahumanas, de los locos y delincuentes a pesar de la propia desintegración, de los niños y jóvenes que son irrespetados por no ser adultos o sea seres "racionales" y por supuesto de las mujeres, símbolos entre lo deseado y lo temido. Pero también de todas aquellas minorías, grupos o colectividades que se diferencian de la racionalidad blanca y masculina: grupos étnicos humillados masacrados históricamente, como los negros, indígenas, mulatos y mestizos. Así como los homosexuales, los intelectuales, los artistas, líderes populares y todos a una u otra forma ejercen algún tipo de resistencia a la racionalidad dominante.

Existen múltiples formas de desigualdad social entre los seres humanos en las que este miedo hacia los que no son nuestros "iguales", hacia los que no pertenecen a nuestro grupo, etnia, género, etc., se erige como una muralla inquebrantable, que separa a pesar de las identidades comunes, compartidas más allá de las diferencias. Pero existen dos formas de dominación profundamente arraigadas, casi inextinguibles que se han perpetuado por encima de las diversidades geográficas, de las épocas históricas, de las culturas milenarias y de las revoluciones sangrientas: *las relaciones de poder entre clases sociales y entre los géneros*. No hablamos de diferencias y particularidades, sino de formas de discriminación ¡limitadas e insaciables, de experiencias humanas innumbrables en las que la guerra, la violencia cotidiana, el terror al extraño y la miseria colectiva se han expandido como el agua, sin respetar las fronteras, ni los diques construidos por la humanidad.

Sin embargo no podemos dejar de nombrar las relaciones de dominación y explotación que se han venido desarrollando desde hace unos siglos en el plano internacional entre naciones ricas y naciones pobres, a partir de los fenómenos llamados colonialismo e imperialismo que han surgido con el desarrollo del capitalismo. Existe un abismo infranqueable entre las condiciones de vida y de muerte de los países del capitalismo avanzado y los países del Tercer Mundo.

Hablar de las relaciones de poder entre la femineidad y la masculinidad en América Latina no puede ser a expensas de nuestros propios rasgos, particularidades y experiencias como colectividad humana humillada, explotada y oprimida históricamente, en un mundo marcado por diferencias abismales. Sin embargo estas relaciones de dependencia producto de *la división internacional del trabajo*, se instauraron de manera desigual. Las relaciones de clase han marcado diferencias profundas entre los sectores dominantes y sus privilegios ilimitados, por un lado, y los sectores populares o clases medias con niveles diversos de carencias y frustraciones, que les coartan sistemáticamente la libertad, por el otro.

Las violaciones a los derechos humanos en América Latina, más que ciertas excepciones que podrían denunciarse de vez en cuando, constituyen acciones generalizadas que se cometen contra las grandes mayorías, quedando muchas veces en el silencio, protegidas por la legitimidad e impunidad de las que los mismos Estados son cómplices. No sólo la violencia directa y brutal como la tortura, el asesinato sin juicio, las desapariciones forzadas, las masacres, las amenazas y persecuciones por razones políticas e ideológicas, inundan la

cotidianidad de nuestro continente. La sobrevivencia de doscientos millones de latinoamericanos está marcada por condiciones de vida en las que lo prevaleciente es el dolor, la carencia y la muerte. Los campesinos, los indígenas, los obreros, los trabajadores del sector informal sufren permanentemente de una violación sistemática a sus derechos más básicos. Además de la pobreza extrema, no tienen derecho a la palabra, a la protesta, a la creatividad, al goce, sus reclamos, sus luchas son generalmente ahogadas en sangre. Las mujeres que pertenecen a estos sectores sociales, también deben soportar la opresión por pertenecer a un género que históricamente no ha tenido acceso a estos derechos. Hablar, crear, dominar, gozar son posesiones, pertenencias adjudicadas a los hombres, son características masculinas.

La marginalidad no es una, es múltiple, diversa, plural; no se es marginal por la esencia, por lo que se es, sino por el lugar al que se pertenece, por la posición que se tiene en las relaciones de poder (Kristeva, 1984); que no se reducen a la explotación económica, ya que abarcan la dominación cultural, social y étnica, así como la sujeción sobre los niveles más recónditos de la subjetividad. Todos estos grupos marginales o de oposición son potencialmente subversivos con respecto al orden social establecido. Sin embargo su posición de marginalidad y de lucha no es indiferente, no es lo mismo la posición de marginalidad de las mujeres, los sectores populares y el Tercer Mundo, con su mestizaje heterogéneo, que los otros grupos minoritarios cuya posición no es central para las relaciones de poder. La realidad de la femineidad, la pobreza y el fenómeno de la dependencia es paradójica, son condiciones marginales, pero a la vez son ejes fundamentales sobre los que se organizan las relaciones de dominación necesarias, para mantener la división internacional del trabajo que prevalece actualmente en el mundo.

Sobre estas manifestaciones de la marginalidad, de la otredad que no pertenece a la razón Occidental, recaen sentimientos de terror y rabia profundamente irracionales, sobre los que la reflexión se vuelve impotente. La realidad se mistifica sobre la base de prejuicios y representaciones estereotipadas, que separan la identidad que reasegura un lugar en el mundo, frente a lo extraño como irrecognocible, como í transgresión de los tabúes e interdictos existentes.

Los procesos de constitución de la subjetividad se apuntalan sobre prohibiciones sistemáticas que recaen sobre las manifestaciones de goce y plenitud, sobre la fantasía y la creatividad, sobre la pasión por lo nuevo y lo desconocido, sobre el cuerpo como fuente de placer sin límites y por supuesto sobre la hostilidad y el resentimiento que surgen ante tanta coerción. La represión de la sexualidad y la agresividad, y la frustración consecuente, constituyen una condición fundamental de los procesos de socialización, así como de los mecanismos de integración social y reproducción cultural. Ambas manifestaciones de la subjetividad, se convierten en experiencias peligrosas, el placer que provocaban se transforma en sufrimiento, en dolor amenazante. El *miedo* constituye el instrumento vital e indispensable para la integración de los individuos a estructuras sociales que los alienan, pero que a la vez se instauran en su interior como murallas que bloquean la libertad. Una breve síntesis de la función del miedo en nuestras vidas la encontramos en Galeano:

"El miedo seca la boca, moja las manos y mutila. El miedo de saber nos condena a

la ignorancia; el miedo de hacer nos reduce a la impotencia. La dictadura militar, miedo de escuchar, miedo de decir, nos convirtió en sordomudos. Ahora la democracia, que tiene miedo de recordar, nos enferma de amnesia; pero no se necesita ser Sigmund Freud para saber que no hay alfombra que pueda ocultar la basura de la memoria" (1990, pag 98).

El lenguaje se hace cargo del control de aquello que no es permitido, que no debe ser hablado, de lo silenciado y de lo indecible. Se impone el olvido como alternativa para enfrentar la perversidad polimorfa de la infancia. La palabra se utiliza para marcar una separación clara entre lo hablado y el silencio, la presencia y la ausencia, la ley y la transgresión. Separación íntimamente ligada con el proceso de constitución del sujeto sexuado, con las relaciones de poder entre los géneros.

Las relaciones entre la feminidad y la masculinidad se instauran en las sociedades de clase, capitalistas y patriarcales, a partir de la experiencia de *la carencia o la falta*: como la incapacidad de experimentar a los otros, si no es a partir de; miedo, la decepción, la desconfianza, y la dominación. El mantener la desigualdad entre los géneros, su renovación perpetua, y su exacerbación, ha sido siempre una parte importante del trabajo del grupo dominante (Theweleit, 1987). El hombre se convierte en hombre, en la medida en que rechaza y reprime todo lo considerado por su cultura como femenino, la mujer debe hacer lo mismo pero sabiendo que su género es lo negado, lo devaluado para la racionalidad dominante. Se aprende a odiar al otro, pero a la vez se le lleva adentro, a pesar de esta separación en mundos opuestos, los hombres y las mujeres son individualidades en las que se encuentran entrelazados lo femenino y lo masculino, lo valorado y lo temido socialmente. Cuando hablamos de la feminidad y la masculinidad no nos referimos a las personas, sino a lo que históricamente ha sido considerado como perteneciente a cada género, por lo que la lucha entre ambos es, al mismo tiempo, una lucha interior.

La feminidad, históricamente, pertenece al lado oscuro de la vida, a la experiencia humana ausente, al mundo de abajo, de la tierra, de los infiernos. A la realidad interna que amenaza con explotar y desparramarse haciéndonos perder la capacidad de control "racional". Esta sobrevalorada capacidad de manipulación racional, sobre seres humanos atrapados en sociedades encarceladas por ellos mismos y sobre una naturaleza desgastada por la utilización irracional que la agota aceleradamente. Lo femenino, el otro, el polo negativo de este mundo profundamente maniqueísta, pertenece a lo reprimido social y psíquicamente. Es lo no hablado, lo desconocido, lo innombrable, aquello que la palabra, el lenguaje oficial no quiere o no puede pronunciar. Es aquello asociado con lo inconsciente, con ese espacio-tiempo preedípico y pregenital, que pertenece y se erige a partir de relaciones duales, especulares, imaginarias, ligadas a la relación de la madre con el niño (Kristeva, 1986). Relaciones en las que la experiencia se construye mediante las sensaciones visuales, táctiles, gustativas y olfativas, mediante el contacto corporal directo. Es el mundo del deseo, en el que los límites materiales, las diferencias y separaciones absolutas no existen. El tiempo cronológico, el espacio físico, la materia sólida y las relaciones causales se desdibujan, desapareciendo, para dejar fluir al deseo, la pulsión de vida y de muerte como expresiones inseparables. Deseos que

buscan introducir, devorar, tragar al otro para ser uno, una unidad sin límites ni fronteras que separen. Deseos que luchan entre la continuidad con el otro y la discontinuidad, entre el retener y el expulsar, entre el amor y el odio, momentos que no se excluyen, se complementan en una sincronía ilimitada. Las diferencias, los contrarios no existen, se disuelven. No hay absolutos, sino posibilidades, lo diferente, el otro son momentos de un discurrir permanente, de un fluir intemporal e imprevisible.

Para enfrentarse con esta feminidad innombrable e indeseable para el orden patriarcal, masculinizado, se impone una racionalidad que se alza prepotente sobre todo lo que la enfrente, se le oponga o simplemente se le diferencie. Este, mundo paternalmente masculino, es el mundo de las jerarquías, de la desigualdad, del orden lingüístico, cuya ley impone lo que debe y puede hablarse, decirse, pronunciarse mediante un lenguaje "racionalizado", instrumentalizado, que debe olvidar el deseo que lo mueve, la fuerza que le da vida. Este orden lingüístico, desafectivizado y deserotizado, es el mundo de lo público, la realidad externa que se eleva en las alturas sagradas de las leyes del mercado y el poder, inmovibles ante el dolor, el sufrimiento y la miseria humana que nos rodea, que nos abraza desgarrándonos diariamente. Esta realidad falocéntrica y logocéntrica, como plantea Derrida, se instaura mediante la palabra, el habla que se impone sobre el cuerpo, esa colectividad de signos que pretenden decir por encima de lo humano. La pobreza, la desesperanza, la frustración generalizada, no son obstáculos para esta ley omnipotente, para esta racionalidad que controla el mundo actual. El deseo fálico, genitalizado se erige monumento a la humanidad, pertenece y a la vez produce el orden prevaleciente, la racionalidad sagrada que legitima el poder de la riqueza, la fuerza material y la masculinidad, sobre la pobreza, la vulnerabilidad y la feminidad.

Esta relación entre lenguaje y constitución de la subjetividad de género, conforma el eje central sobre el que se instaura la posición de la mujer como sujeto marginal. Al negársele la palabra, se le coarta la libertad y el acceso al control sobre su cuerpo y sus potencialidades creativas, el acceso al poder y al conocimiento.

En la literatura sobre la mujer en América Latina encontramos esta íntima relación entre el lenguaje y la feminidad como manifestaciones de su posición con respecto al poder. La novela *La casa de los espíritus*, de Isabel Allende, mediante las tres protagonistas mujeres y Clara como personaje principal, está dominada por una temática central: la conexión entre la mujeres y la palabra. Igualmente cualidades rechazadas y devaluadas por la sociedad, pero asignadas de muchas formas a las mujeres, como la clarividencia, la magia, la brujería, la creencia en poderes ocultos, el sonambulismo, la irracionalidad y la imaginación, son en este personaje, manifestaciones metafóricas de su poder, más que un indicio de su locura, son un privilegio (Agosffi, 1989):

"Clara pasó la infancia y entró en la juventud dentro de las paredes de su casa, en un mundo de historias asombrosas, de silencios tranquilos, donde el tiempo no se marcaba con relojes y calendarios y donde los objetos tenían vida propia, los aparecidos se sentaban en la mesa y hablaban con los humanos, el pasado y el futuro eran parte de la misma cosa y la realidad del presente era un caleidoscopio de espejos desordenados donde todo podía ocurrir... Clara habitaba un universo inventado para ella, protegida de las inclemencias de la vida, donde se confundían la verdad prosaica de las cosas materiales de la vida con la

verdad tumultosa de los sueños, donde no siempre funcionaban las leyes de la física o la lógica. Clara vivió ese periodo ocupada en sus fantasías, acompañada de los espíritus del aire, del agua y de la tierra, tan feliz que no sintió la necesidad de hablar en nueve años (Allende, 1987, pag. 78 y 79).

La relación de Clara con el habla y la escritura también es una expresión paradójica de sus formas de resistencia con el poder patriarcal y autoritario en el que está envuelta:

"El mutismo de Clara ligado a los escritos de Clara, son dos metáforas de un mismo discurso que se asocia a una estética del silencio. En primer lugar el silencio de Clara existe como una decisión, un acto consciente de enmudecer. Pero la mudez no queda rezagada a la incomunicación, sino que postula la comunicación de escribir para dar testimonio e inaugurar una tradición que podrá ser rescatable. La segunda metáfora a esta estética del silencio indicaría que Clara, mientras enmudece, escribe y lee desafiando el silencio exterior, que es el silencio impuesto por una sociedad poco tolerante de las anomalías. La escritura de Clara es la historia de sí misma y la doble imagen de ser palabra y portavoz del mensaje escrito" (Agosín, 1989, pag 121).

La sujeción que como mujer se ejerce sobre Clara es a la vez una huella de la posibilidad de lucha, de enfrentamiento con las relaciones de poder que buscan condenar a la mujer al silencio, a la ausencia, a la negación de su experiencia. La ausencia de la palabra, la irracionalidad, lo oculto, lo inexplicable en la realidad de la mujer son presencia de su fuerza, de sus potencialidades, de su poder innegable. Su especificidad como género es mistificada a partir de la polarización que la encierra en definiciones unilaterales, indivisibles que niegan su pluralidad, su diversidad, su realidad heterogéneo (Spivak, 1990).

Heterogeneidad no sólo con respecto a su sexualidad, a sus múltiples placeres sexuales, que van más allá de su vagina corno hueco para ser penetrado. El clítoris ha sido negado como órgano sexual, como fuente de placer que trasciende el acto de la penetración y que no puede ser comprendido desde el discurso falocéntrico, en el que el pene y su erección constituyen la referencia exclusiva al placer sexual (Irigaray, 1985). De nuevo en la reciente literatura sobre la mujer en América Latina nos encontramos un rescate, o más bien un reencuentro del clítoris como símbolo de la sexualidad femenina:

"Quiero sentir -se me quedó mirando, yo también la miré, era una mujer gorda y suelta... Aquí tenemos una cosita -dijo metiéndose las manos entre las piernas-. Con esa se siente. Se llama el timbre y ha de tener otros nombres. Cuando estés con alguien piensa que en ese lugar queda el centro de tu cuerpo, que de ahí vienen todas las cosas buenas, piensa que con eso piensas, oyes y miras; olvídate de que tienes cabeza y brazos, ponte toda ahí. Vas a ver si no sientes" (Mastretta, 1986).

Se niega y se oculta el placer, el erotismo femenino, se le reduce a un goce específicamente masoquista, sometido a los designios del otro, al deseo masculino. La potencialidad para múltiples orgasmos, su sexualidad no ligada a un solo órgano, sino a una pluralidad que abarca todo su cuerpo, parecen ser manifestaciones de la mujer profundamente

amenazantes para los hombres. Quienes por muchos siglos han necesitado mantener en un silencio total, la sexualidad femenina, la potencialidad creativa y la fuerza de las mujeres, sus múltiples poderes, para ocultar así el temor y la amenaza sentida frente a lo femenino (Rajneesh, 1987).

La prostitución como manifestación del goce femenino, constituye un símbolo de lo peligroso, de lo extraviado para la normalidad imperante, al mismo tiempo, es un producto directo e inseparable del matrimonio como medio de control de la sexualidad femenina, de la libertad de la mujer. El matrimonio sólo es la otra cara de la prostitución, es la forma de satisfacer la necesaria poligamia de los seres humanos, pero sólo como derecho de los hombres. Históricamente la mujer ha quedado encerrada entre tres opciones, ser la madre y esposa abnegada, sin acceso al goce, a su cuerpo; ser la puta y quedar sometida a la humillación permanente; o tener negadas ambas posibilidades, sin procrear y sin gozar, condenada a la soledad más profunda. Todas condiciones que pervierten la feminidad, en las que no se tiene acceso a la libertad, la esclavitud frente a la masculinidad se convierte en su marca histórica:

"Lo que respecto a la divinidad es la blasfemia, lo es respecto al amor la obscenidad. Una superstición de miles de años, proveniente de las épocas de más profunda barbarie mantiene a la razón en el destierro. En esa superstición se basan sin embargo las *tres formas bárbaras de vida* de las que he hablado: la prostituta expulsada de la sociedad humana como un animal salvaje; la solterona, condenada a la mutilación corporal y espiritual, a la que se ha privado con engaño de toda vida amorosa; y la virginidad de la mujer joven, mantenida con el objeto de un casamiento lo más ventajoso posible' (Wedekind, citado por Kraus, pag. 15, 1980).

Formas bárbaras de vida, en las que la mujer queda fijada, sellada en experiencias excluyentes que no dejan espacio para alternativas; la feminidad se entrelaza con la sexualidad, como hilos significantes que se tejen en un texto fragmentado en el que al mismo tiempo, la sexualidad se disuelve. Lo femenino desaparece, ocultándose sus poderes, su realidad múltiple. La mujer existe como objeto sexualizado, pero la sexualidad femenina es silenciada, está ausente, no existe. La realidad de la feminidad queda encerrada en una contradicción irresoluble, en una situación paradójica, en la que su esencia histórica, lo que la define, constituye lo negado, lo indecible, un agujero impenetrable.

Actualmente, a partir de las luchas por la emancipación de la mujer, que se han desarrollado en los últimos cien años, para acceder al conocimiento y al poder se le presentan dos alternativas, impuestas como opciones excluyentes. Si se identifica con la madre, y accede a la sexualidad y a la procreación, queda encerrada en una lucha entre el goce del cuerpo maternal y la prohibición existente sobre la sexualidad femenina. Se le presenta un conflicto caracterizado por la culpa, la vergüenza y la humillación, que la condenan al goce masoquista, a la melancolía como forma de vida.; Quedando encerrada en un vínculo de dependencia frente al hombre, por la escogencia de una relación de pareja, heterosexual, que se instaura como relación de poder, como desigualdad fundamental: asumiendo los roles de madre y esposa. Si por otro lado, se identifica con el padre, y se,, enfrenta en una lucha con el goce de la madre, reprimiendo, los deseos preedipicos, así como su vagina y la posibilidad de goce con una pareja

heterosexual, accede al poder masculino, se vuelve una defensora del padre, pero queda sometida a una frigidez exaltada: como intelectual, feminista, revolucionaria o monja (Kristeva, 1986). Logra penetrar en las estructuras del poder político y económico, pero asumiendo la racionalidad dominante, falocéntrica y logocéntrica. Si se identifica con lo masculino, con el lenguaje dominante y sus significados rígidos, con las normas superyoicas de la moral prevaleciente y con las leyes del mercado que regulan las relaciones sociales, puede tener acceso a la palabra y a la escritura, al poder y al conocimiento, pero a cambio de su propia libertad sexual y su propia creatividad. Por otro lado, si se entrelaza más con la madre, si se acerca más a los deseos, inconscientes preedipicos, sin poder hablar, ni escribir, queda atrapada en síntomas histéricos, accediendo al poder sólo mediante una relación de sumisión con los hombres. Ninguna de estas opciones rompe con las relaciones de poder entre los géneros, ninguno de estos roles expresa una alternativa frente a una desigualdad que asfixia tanto a hombres como a mujeres. En ambos casos, se le niega a la mujer el acceso al placer erótico, a la risa, a la expresión libre de su cuerpo y a la imaginación. Se le coarta su multiplicidad, su heterogeneidad, quedando encerrada en una paradoja irresoluble.

Pero la heterogeneidad de las mujeres no se refiere sólo a su cuerpo y su sexualidad; hablar de lo femenino implica referirse a la especificidad de las mujeres pertenecientes a culturas, etnias, clases sociales y países diferentes. No existen mujeres en abstracto, fuera de la historia y de los contextos sociales particulares. La dominación, la negación que se ejerce sobre lo femenino, no afecta por igual a todas las mujeres. Depende del lugar que ocupen en las relaciones de poder, de la posición de la mujer en la sociedad y en el mundo.

En América latina la heterogeneidad es un rasgo encarnado en nuestras raíces más profundas, hablar de la identidad latinoamericana como una experiencia unitaria, como una realidad homogénea, clara y transparente, implicaría negar la enorme diversidad de geografías, culturas, etnias y manifestaciones de los pueblos del continente. La pluralidad se convierte en nuestra esencia misma, *el mestizaje* constituye la experiencia que marca nuestra tierra, nuestros cuerpos, nuestra realidad. Contradicciones inimaginables, desigualdades abismales, experiencias impredecibles e inexplicables, caracterizan la realidad latinoamericana. La conquista y la colonia determinaron esta multiplicidad de manifestaciones socioculturales, políticas y económicas, mediante formas de opresión y destrucción incalculables, legándonos una realidad profundamente rica y diversa, pero en la que prevalecen niveles de pobreza, sufrimiento y violencia avasallantes.

En esta historia, a las mujeres pertenecientes a los sectores populares, les ha tocado vivir tanto el dolor por la explotación económica y la dominación étnica como indígenas, negras o mestizas, como la opresión por ser mujeres, seres "bárbaros, inferiores e irracionales". El desarrollo del mestizaje se produjo a partir de la violación y el abuso sexual, sistemáticos y legitimados por las relaciones de poder producto de la conquista y la colonia. La humillación que las mujeres han sufrido desde hace quinientos años en América Latina está marcada por esta triple estructura de dominación, en la que dependencia, pobreza y femineidad se entrelazan coexistiendo en forma inseparable. Igualmente es significativo explicar las formas de resistencia y el papel innegable de las mujeres en las luchas que se han desarrollado frente a las relaciones de poder, a pesar de que la historia oficial se ha encargado de negarlas

sistemáticamente. La pasividad, la sumisión y la impotencia como rasgos únicos de la realidad de la mujer latinoamericana, no constituyen más que una expresión del despojo de la palabra y la escritura que ha sufrido como género, como clase y como etnia (Aquino, 1992). Son mitos que la historia oficial se ha encargado de producir, mistificando sistemáticamente las experiencias de las mujeres. La capacidad de lucha y defensa de sus intereses: de la tierra, de la alimentación de sus familias, del derecho a la vida y la dignidad, constituyen condiciones permanentes de nuestra historia. Se le ha silenciado la palabra, pero no su fuerza y su coraje.

La relación entre los procesos de constitución del sujeto sexuado o sujeto de género, de las estructuras de clase y de la división internacional del trabajo, permite encontrar, en los procesos de reproducción simbólica, condiciones que se entrelazan de forma compleja e inseparable, pero a la vez presentan como manifestaciones invisibles y ocultas, tanto en los procesos de socialización como en los niveles de la integración social y la reproducción cultural. Las relaciones de Poder se consolidan, gracias a la imposición generalizada en las relaciones sociales, del miedo, el odio y el rechazo, hacia lo extraño o extranjero, hacia la otredad como amenaza para el orden dominante. En América Latina, *el mestizaje*, la *Pobreza* y *la feminidad constituyen condiciones de* marginalidad, que por sus múltiples "cualidades peligrosas" deben ser controladas mediante barreras que puedan bloquear su potencialidad subversiva. La pluralidad y multiplicidad, como elementos propios, les son negados y coartados en función de una homogeneidad dominante encarnada en el poder, en la imposición de la reproducción cultural, la organización política y la producción económica de] capitalismo dependiente. El miedo y como consecuencia la hostilidad ejercida sobre lo diferente a esta racionalidad del progreso, son aspectos comunes, que legitiman la persecución y la violencia sistemática que caracteriza la realidad de los sectores populares y de las mujeres.

¿Qué es lo que tanto terror y rabia genera, como para legitimar, en la conciencia individual y colectiva, tanta violencia, destrucción y muerte en nuestras sociedades? La vida, las luchas imparables por la sobrevivencia, por la justicia, por el derecho al placer y a la risa, a la dignidad y al respeto por la diferencia. El desarrollo latinoamericano, la racionalidad de; progreso que prevalece, está en función de la muerte, de la desigualdad ilimitada, de la intolerancia frente al dolor de las mayorías, de la construcción de diques sociales que protegen esta lucha descarnada en favor de la producción de riqueza para nuestras minorías dominantes y para los países de; capitalismo avanzado. Todo lo que se oponga a este progreso, constituye algo caótico, realidades oscuras, profundas e irracionales, experiencias líquidas que se desbordan como flujos incontrolables que deben ser contenidos a cualquier costo, y con cualquier medio. Flujos destructivos, que representan lo bestial, lo demoníaco, lo infernal, cuya liberación aterra.

Sin embargo, frente a esta visión perversa de lo diferente, podríamos decir que lo que no fluye, lo que no se mueve, más bien es aquello que está muerto; la vida es movimiento, es una corriente que fluye sin rumbos o destinos fijos, como el agua. El cuerpo humano está compuesto de objetos parciales que conllevan flujos diversos: la sangre, las lágrimas, la menstruación, la esperma, el sudor, la mierda, la orina, el calor. Flujos que no limitan su fluidez y movimiento ellos mismos, sino que son obstaculizados por fuerzas externas, hostiles y

amenazantes. La pulsión sexual, bajo el principio del placer, se expresa como el deseo de una vida libre de ausencias o carencias, como una corriente de placer que recorre nuestro cuerpo (Ibweleit, 1987). Los seres humanos viven, mientras estos flujos corporales estén en movimiento; si sus líquidos se secan los cuerpos mueren. La sexualidad es esta fuerza interior que tiende a la búsqueda del goce, de la satisfacción, de la libertad. Pero que por su misma potencialidad de explosión, de liberación, de fluidez, es profundamente amenazante y sistemáticamente prohibida. La sexualidad patriarcal es, menos masculinidad que sexualidad para la muerte, es producción de una realidad que destruye la vida. La frustración social del deseo se convierte en una fuerza destructiva, en una pulsión de muerte.

La femineidad, como ya lo vimos, ha sido históricamente asociada con la sexualidad, y por lo tanto con lo perverso y demoniaco, como en la época de la brujas. Por eso no creemos que sea casual, que actualmente, su realidad se encuentre entretejida con la realidad de la pobreza y el mestizaje. Que también contienen dentro del discurso dominante estas cualidades de monstruosidad y bestialidad, que han permitido legitimar la violencia sobre estos sectores sociales, incluso con la complicidad de las mismas mujeres y los sectores populares.

La cultura del terror en la que nos encontramos encerrados, debe ser demolida, no se puede hablar de progreso mientras la muerte se siga imponiendo sobre la vida. El mestizaje, la heterogeneidad que caracteriza la realidad latinoamericana, la riqueza y pluralidad social, cultural, étnica y geográfica, constituyen la manifestación más valiosa que la historia nos ha legado. En momentos en que el racismo y la xenofobia se imponen en el mundo, nuestra diversidad puede convertirse en una anticipación utópica, frente a la intolerancia y el terror que se experimenta hacia lo extraño, lo extranjero. Igualmente la heterogeneidad de lo femenino, las experiencias innombrables, profundas e intemporales, la realidad acuática del goce corporal, de la imaginación y de la creatividad, de la risa satírica, pueden constituirse en posibilidades subversivas para una realidad que nos asfixia. Escuchar, develando el silencio, lo reprimido, lo nuevo e incompresible, rechazando todos los roles y separaciones abismales que nos encierran puede ser una alternativa, una utopía esperanzadora.